

corta del árbol el ramaje superfluo que no le permite descollar hácia el cielo: vuestros pobres de espíritu, vuestras almas pacíficas, las que tienen hambre de vos, y contemplando la vida como un obstáculo continuo para satisfacerla en toda su plenitud, contemplan la muerte como una resurrección gloriosa.

Regocijaos, pues en buena hora, ó virgen, escogida para el tálamo del Celestial Esposo, pues que habéis hecho en sus aras el omnimodo sacrificio de vuestra familia, de vuestras relaciones, de vuestro universo, de vuestros sentidos y de vuestra libertad; pues que os ha escogido para que seais su pueblo, y vos le habéis elegido también para que sea Vuestro Dios; y pues que, habiéndolo renunciado todo por él, podéis en adelante ser contada entre los que se llaman por excelencia conciudadanos de los santos y domésticos del Señor! Seguid, seguid adelante: no temáis los tumultos repetidos de Babilonia, la atmósfera emponzoñada y pestilente de Egipto, las oleadas tempestuosas del mar, el encuentro espantoso de los elementos: no conturben vuestro pecho las desolaciones repetidas del tiempo, ni alarme penosamente vuestro espíritu la imponente y misteriosa perspectiva de la eternidad. ¡Qué sendero mas fácil y mas apetecible pudiera abrirse al resto de vuestra peregrinación, que el que os proporciona un estado el mas excelente á los ojos de vuestro Padre celestial? Si el mundo os compadece, tenedle lástima; si el mundo os murmura, lamentad su demencia; si el mundo os llora, decidle como Jesucristo á las hijas de Jerusalem: „no lloréis por mí; llorad mas bien por vos.” Pero no lo he dicho todo, hermana mia; tal vez no disputan los mundanos la excelencia de esta vocación á los ojos de Dios; mas profundamente ignorantes de los encantos de la abnegación, de las dulzuras del claustro, de los goces inefables de la vida contemplativa, no quieren confesar que han nectado en la amargura de la penitencia, y atrativos innumerables en el peso de la Cruz. No creo que un solo temor de esta clase contriste al presente vuestro pecho; pero sí entiendo, que debo proporcionaros á vos el gozo y á mi auditorio la edificación de sentir cómo la

suerte que os ha cabido, no solo es la mas excelente á los ojos de Dios, sino también la mas grata y feliz á los ojos de vos misma.

SEGUNDA PARTE.

Cuando os hablo, hermana mia, de la superioridad que debe tener á vuestros propios ojos esta vocación sublime que celebramos al presente, no imaginéis por cierto que voi á comparar con los goces espirituales que se os preparan, los placeres delincuentes del siglo: no, jamás estos deberán servir de dato al alma fiel para estimar el valor de su dicha. Ningun estado es compatible con ellos; y por lo mismo, no se trata de saber aquí, si es mejor seguir la vida monástica que abandonarse á los deleites y comprometerse en laberinto de las pasiones, sino de ponderar hasta qué grado de perfección puede ella conducirnos, y hasta qué punto asegurarnos la posesión inamisible de una verdadera felicidad. ¡Desdichado de aquel que, al hacer su peregrinación por la vida, no haya podido apercibirse de que pasaba por un valle de lágrimas y un campo de tribulación! El se sorprenderá con un espectáculo terrible y verdaderamente desesperado al descender al sepulcro, y comprenderá muy á su pesar, que lejos de haber tenido ideas legítimas sobre la excelencia relativa de las situaciones diversas del hombre durante su vida, anduvo por los senderos mas intrincados, sin haber atinado nunca con el camino de la verdad. ¹

Otros son, pues, ó católicos, los principios que deben gobernarnos en tan importante investigación, reducida á saber, no en cual de los estados pueden aglomerarse cuantiosas riquezas, mayor número de goces sensibles, ó un predominio mas alto sobre los otros; no en donde quedarán mejor satisfechos los caprichos del amor propio y las pre-

(1) Spa. V, 7.

tensiones diversas de la vanidad humana; sino en donde se acelera mas nuestra perfeccion individual, y donde pueden consolidarse mejor nuestras esperanzas eternas. No se trata del tiempo que huye ni de mundo que engaña, ni de aquellos placeres que solo dejan las crueles amarguras del remordimiento, ni de los tesoros que perturban el sueño del avaro, ni de los altos puestos que atormentan sin cesar el corazon del ambicioso, ni aun de las conexiones inocentes y dulces, que de suyo son perecederas, y solo contribuyen á regar con lágrimas el sendero penoso de la vida: trátase de nuestra perfeccion moral, único título de excelencia, y condicion inseparable de la verdadera y sólida ventura. Ahora bien: si tales son los principios que han de gobernar-nos al presente, preciso es convenir en que un estado que por su naturaleza favorece mas que los otros el ejercicio de las virtudes, y aumenta sin cesar los verdaderos goces del espíritu, debe ser el mas excelente á nuestros propios ojos, como el mas conforme á nuestros intereses eternos, y el que mas acelera nuestra perfeccion, y fomenta y consolida nuestras esperanzas. Tales son, hermana mia, los caracteres de la vocacion con que Jesucristo ha querido favoreceros; y por esto he dicho, que entre los estados de la vida ninguno reúne derechos mas incontestables á vuestra preferencia, y que por lo mismo la profesion religiosa es al mismo tiempo la mas excelente á vuestros propios ojos.

Y á la verdad, ¿cuánto no tenéis avanzado, hermana mia, en la carrera de las virtudes, con solo haber dado el primer paso, el de la universal y perfecta abnegacion, consiguiente á los votos que acabáis de pronunciar? Renunciarse á sí misma, dejar no solo cuanto se posee, sino cuanto es capaz de adquirirse, de dejarse y de apetecerse, quedar irrevocablemente indentificada con Jesucristo en los intereses de su gloria, someterle cuanto somos, cuanto podemos, refundir en la suya, digámoslo así, nuestra voluntad propia, ¿es por ventura un progreso despreciable en la carrera de la virtud? Recordad, hermana mia, lo que respondió á Pedro el Salvador del mundo, cuando le hablaba de este sublime desprendimiento; te-

ned presentes aquellos doce tronos que fueron destinados desde entónces para recompensar esta clase de virtudes; y calculad en consecuencia las que debéis practicar en el resto de vuestra vida, cuando este primer acto de correspondencia del alma á la vocacion de Dios es justamente reputado como un paso gigantesco. ¿Y qué habéis perdido con sacrificarlo todo? Alegraos en el Señor, pues vuestro desprendimiento ha venido á ser para vos una conquista segura de todas las cosas. ¿Qué no posee quien de todo ha se desprendido? Lo posee todo, pues que nada desea. Preguntad á los opulentos del siglo, si lo poseen todo cuando insultan á la virtud con sus riquezas. Ellos os responderán con el inmenso catálogo de sus empresas frustradas, de sus proyectos inútiles, de sus esperanzas engañadas, de sus temores continuos, y de mil y mil necesidades no satisfechas. ¿Qué habéis perdido, pues, repito, con desprenderos universalmente de todo? ¿Qué? oídlo: deseos que martirizan, remordimientos que consumen, temores que no cesan, goces que no duran, satisfacciones que no contentan, aspiraciones que no calman, miseria que siempre vive. ¿Qué habéis perdido? Las ilusiones quiméricas que nos arrebatan es aspecto de la verdad. ¿Qué habéis perdido? El arte deplorabilísimo de aumentar vuestras cadenas. ¿Qué habéis perdido? ¡Ah hermana mia! acaso el funesto poder de haceros eternamente desdichada. ¡O pérdida mil veces envidiable! ¡o despojo feliz, que solo nos quita cuanto nos corrompe y entristece! ¡aniquilamiento mil veces santo, pues que destruye de un golpe cuanto podia retardar el vuelo de nuestras almas al Dios de la santidad! No Dios mio: no hemos perdido nada; lo hemos hallado todo mas bien, puesto que os hallamos á vos. ¿Qué podrá faltarle al que tiene la dicha de poseeros? Si os habéis dado á nosotros, ¿qué podemos ya desear? y si nuestros deseos han muerto casi todos, ¿qué tesoros podrán igualarse á los que nosotros tenemos? ¡Ah! léjos de aquí las miserables quejas del rico, los clamores del ambicioso á la vista de otra altura mayor á que no llega todavía! ¡Felices nosotros pues que nada deseamos, felices nosotros que poseemos todas las cosas sin ser due-

ños de ninguna. *Nihil habentes et omnia possidentes.*¹

Yo bien sé, católicos, que el arte de ser feliz no está reducido á los claústros; que pobres de espíritu y almas completamente desengañadas hai en el mundo: sé mui bien que el alma religiosa no con desprenderse de todo, ha puesto el sello á su felicidad; que no por haberse reducido el campo de batalla, se ha conseguido la última victoria; que no por habernos alejado de todas las cosas, nos hemos alejado de nosotros mismos; que no pueden faltar recelos donde existe el corazón: sé mui bien que han pagado el triste contingente al abismo las gerarquías del cielo y las potestades de la tierra; el apostolado de Jesucristo, y hasta estos asilos de la virtud; que el esplendor glorioso de los Pedros, de los Antonios, de las Catalinas y de las Teresas, no basta á borrar de nuestra memoria los nombres espantosos de Júdas y Lutero, ni á apartar de nuestros temores aquellas vírgenes imprudentes que tardamente provistas de su lámpara, no lograron ser admitidas al convite del Esposo. Pero ¿qué se infiere de aquí? Nada contrario á la excelencia del estado religioso, y ántes bien reflexiones urgentísimas que la confirman. Si nuestra vida es una continua lucha; si la primera máxima de un cristiano es la de hallarse constantemente preparado para la tentación: si el camino de la existencia es una carrera de combates en cuyo término reserva Dios la corona para el alma fiel que con mas heroísmo haya peleado, como dice el Apóstol:² ¿cuál debe ser á nuestra vista el estado mejor sino aquel en que la virtud halla ménos estorbos, en que las tentaciones son ménos frecuentes y terribles, y las gracias que vienen de lo alto son mas fecundas y mas eficaces?

Y á la verdad, hermana mia, ¿cuántas tentaciones y cuán terribles ataques habéis alejado para siempre de vos con la resolución generosa que os ha colocado en este asilo venerable! Recordad, bien, cómo nunca las tentaciones son mas frecuentes, que cuando nos hallamos en circunstancias, en lugares y tiempos, en que

(1) II Cor. VI, 10.—(2) II Tim. II, 5.

nuestros sentidos hallan mas objetos de distracción, nuestros deseos mas estímulos y probabilidades, nuestro amor propio mayor número de alkagos y seducciones; en que nuestra imaginación multiplica las prespectivas engañosas que nos arrebatan el aspecto noble y severo de la virtud; y en que, no teniendo prevenciones ningunas contra los ataques del enemigo, ni atrincheramiento contra sus avanzadas insidiosas nos hallamos como en medio de una llanura inmensa donde pueden arrebatarnos en su curso los diferentes vientos que la dominan. ¡Tal es la condición de todos vuestros hermanos á quienes dejáis en el siglo! Los ojos no dejan de ver, ni los oídos de escuchar, ni el gusto de satisfacerse: todo convida á la molicie, todo á la relajación, todo á la codicia, todo á la murmuración, á los odios envenenados, ó á los afectos delincuentes. El alma da un paso recto, y por este solo paso ¡cuántos extravíos miserables! Resiste noblemente á un ataque, y por este solo triunfo, ¡cuántas vergonzosas y humillantes caídas! Se levanta para caer de nuevo; y cual si estuviera situada hácia las avenidas de un antiguo raudal, teme á cada paso ser envuelto en el curso, casi llega á desesperar de ser virtuoso. Disgústase del siglo, mas no puede apartarse del siglo: detesta para siempre los placeres criminales; pero inútilmente, pues mui pronto cede otra vez al irresistible deseo de gustar su dulce y amarga copa. Entre tanto, el tiempo pasa, el hábito se afirma, la naturaleza se transforma, el corazón cede, el vicio triunfa, y la víctima infeliz exclama tal vez, como en otro tiempo el Agustino. „¡O torrente de la humana costumbre! ¿quién será capaz de resistirte? ¿hasta cuándo seguirás impeliendo á todos los hijos de Eva con tu fuerza terrible hácia el insondable y horroroso piélago?“

¿Lo habéis oído, hermana mia? Contemplad, pues, ahora, de dónde acabáis de salir, y á dónde habéis entrado; y decidme si vuestro pecho palpitará tantas veces de temor, como palpataba en el siglo, donde cada paso es un escollo, cada objeto una tentación, y el aire mismo que se respira es como el aliento de la muerte. No esta tierra cuya posesión se os acaba de dar, no es